

la obra trata, creámoslo factible sin abuso y hasta conveniente para el discreto lector, que bien pudiera, tropezando con lo inverosímil de los cuentos aislados, abandonar con desdén la *Relación del viaje á España*, perdiendo, por huir de lo imaginado vanamente, lo que tiene de verdadero y sustancioso.

Tampoco hemos puesto notas ni aclaraciones en ciertos lugares donde se revela error ó engaño, no creyendo, como ya dijimos, que se halle la mayor verdad del presente libro en los puntos de historia que refiere, ni en las pequeñas anécdotas que copia; lo importante, lo digno de atención es que á través de todas estas páginas, el carácter español se muestra y lo reconocemos como fué siempre, como es aún, con vicios insoportables, pero también con virtudes y méritos que no tienen igual.

EL TRADUCTOR.



RELACIÓN

QUE HIZO

DE SU VIAJE POR ESPAÑA

LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679



A que deseáis conocer todo lo que me ocurrió durante mi viaje, será preciso que os resignéis á oír muchas cosas inútiles para encontrar algunas que os agraden. Conocedora de vuestro delicado y escogido gusto, quisiera referiros muchas aventuras agradables y detalles curiosos; pero cuando se recuerdan fielmente las cosas ocurridas es difícil ofrecerlas á cada momento con todo el interés que la imaginación inventa para engalanarlas.

Desde Dax fuí á Bayona por el río, notando que los barqueros del Adur tienen la misma costumbre que los del Garona; es decir, que al pasar cerca de otros échanse pullas con tal afán, que antes renunciarían al precio de sus viajes que al gusto de aquellas rechiflas.

Recién llegada, supliqué al Barón de Castelnau, que me acompañaba desde Dax, tuviese á bien presentarme algunas señoras agradables con cuyo trato pudiera distraer mis impaciencias mientras esperaba las literas que debían enviarme de San Sebastián.

No le costó mucho trabajo complacerme, pues era muy

considerado en Bayona por su nobleza y talento, y al otro día recibí la visita de muchas damas; es costumbre hidalga en este país visitar á los forasteros cuando se averigua su condición.

Aquí son las mujeres algo morenas, tienen los ojos brillantes y el carácter alegre; preséntanse amables y cariñosas; el sol comenzó á vivificarlas con sus ardores. De buena gana daría yo muestras patentes de su jovialidad si hubiese comprendido lo que decían hablando unas con otras; porque no desconocen el idioma francés, pero tienen tal costumbre de usar el dialecto de su provincia, que difícilmente podrían expresarse de otro modo en sus conversaciones particulares.

Algunas de aquellas damas llevaban un lechoncito bajo el brazo, como nosotras llevamos nuestros perros falderos; cierto es que los cerdos estaban muy limpios y adornados con cintas y collares de muchos colores; pero de todas maneras, la costumbre resulta extraña, y estoy persuadida de que no todas las damas del país podrán sin repugnancia de su espíritu delicado acomodarse á tal uso. Cuando se decidieron á bailar fué preciso que soltaran á los ruines animales, los cuales armaron más ruido que un pelotón de diablos. Para la danza y á mi ruego, el Barón de Castelnau mandó á buscar gaitas y tamboriles. Un hombre toca simultáneamente una especie de pífano y el tamboril, que es un instrumento de madera en forma de triángulo alargado, sobre el que se mantiene tirante una cuerda que se golpea con un palillo, produciendo un sonido semejante al del tambor.

Los caballeros que habían acompañado á las damas colocáronse cada uno al lado de la suya, y los contoneos empezaron en el círculo que formaban todos, asidos por las manos; luego hiciéronse traer ellos bastones largos, soltándose las parejas y alejándose unos y otros por medio de pañuelos que, asidos por las dos puntas, los unían á distancia. Sus músicas tienen algo de agradable y muy original, y el son agudo de las gaitas, mezclándose con el sonido guerrero de los tamboriles, inspira cierta animación que aumentaba sin cesar entre los bailadores. Suponía yo que así se danzaba la *pirrica* de que nos hablan los antiguos, mientras aquellos se-

ñores hacían tantas figuras y tales cabriolas, arrojando los bastones y recogéndolos en el aire oportunamente, que me sería imposible describir su ligereza y agilidad. Yo los contemplaba gustosa, pero el baile se hacía interminable y aburrido para mí, su desordenado movimiento me fatigaba, y comprendiéndolo sin duda el Barón de Castelnau, hizo entrar varios azafates llenos de ricas y sabrosas confituras. Sirviéronse muchas limonadas y otros helados que se tomaron en abundancia, y así terminó la fiesta. Al día siguiente fuimos á ver la sinagoga de los judíos, donde no encontré nada notable. Mr. de Saint-Pé, amable militar que había ido á visitarme, aunque muy molestado por la gota, invitóme á comer en su casa, y me sirvió manjares muy exquisitos. Este país se presta de admirable modo al agasajo, pues todo es en él abundante y barato. Asistieron al convite, con objeto de acompañarme, algunas damas principales. La vista que se descubre desde el castillo, donde hay numerosa guarnición, parecióme bella; el río corre al pie de la fortaleza.

Cuando regresé á mi casa, me sorprendió encontrar algunas mantelerías, que fueron llevadas de parte de las damas que me habían invitado, y cajas llenas de dulces y de bujías. Estas expresiones me parecieron sumamente obsequiosas para ser tenidas con una dama con quien sólo habían hablado tres ó cuatro veces. Diré de paso que no he visto más primorosos tejidos que los de aquí, ya sean lisos ó labrados. Los lienzos se hacen con hilos tan delgados como cabellos, y la tela fina es aquí tan común, que recuerdo haber visto, al atravesar los arenales de Burdeos, verdaderos desiertos donde sólo se tropieza con algunas cabañas de pobres aldeanos cuya miseria mueve á compasión, cubrir las mesas con hermosos manteles que sólo usan en París las personas ricas. No dejé luego de mandar á las que tanto me favorecían pequeños regalos que consideré de su gusto. Había yo notado que las cintas eran sus adornos preferidos; enviéles muchas cintas y algunos abanicos; ellas, en revancha, me ofrecieron guantes y finísimas medias de hilo.

Convidáronme á la *salve* de los hermanos predicadores, cuyo convento no estaba lejos de mi casa; conociendo ya mi

afición á la música, querían ofrecerme la más escogida de que gozaba la ciudad. Las voces eran buenas, pero no proporcionaban agrado por estar faltas de metódico estudio y desconocer la escuela de canto armónico y melodioso.

Habiendo llegado ya las literas que á España debían conducirme, preparé mi marcha. Os aseguro que nada he visto más caro que aquellos vehículos, porque cada una de las literas es acompañada por su dueño. Éste conserva la gravedad propia de un senador romano, montado en un mulo, llevando á su lado un mozo montado en otro; éstas caballerías relévanse de tiempo en tiempo con las que conducen la litera: yo tenía dos alquiladas; en la mayor recogíme con mi niña; seguían además cuatro mulas destinadas á mis criados y dos para el equipaje; para guiar á estos animales iban dos arrieros y dos mozos. Á todas aquellas gentes hay que pagarles el viaje de ida y el de vuelta, por el que cobran lo mismo que si llevaran viajeros; esto es un abuso grande, pero no hay más remedio que sufrir la explotación miserable de tales gentes, las cuales nos tratan, como suele decirse, de turco á moro.

Sin salir de Bayona encontré moros y turcos, y aun creo que cosa peor: los empleados de la aduana. Yo había hecho sellar mis cofres en París expresamente para no tener nada que tratar con ellos; pero fueron más astutos, ó por mejor decir, más tercios que yo, y fué preciso darles lo que pidieron. El disgusto pesaba todavía sobre mí, cuando se me acercaron los tambores, las trompetas, las gaitas y tamboriles de la ciudad para desesperarme, siguiéndome hasta más allá de la puerta de San Antonio, por la cual se sale al camino de Vizcaya. Los músicos tocaban á su manera cada uno y sin acompasarse, produciendo un espantoso galimatías. Híceles dar algún dinero, y como en realidad no buscaban otra cosa, se despidieron en seguida. Al salir de Bayona entramos en un campiña estéril, donde no se veían más que algunos castaños; pero descubrimos luego la playa del mar, donde se nos ofrecía un blando camino de arena y una vista muy agradable.

Llegamos temprano á San Juan de Luz, que será sin du-

da el pueblo más bonito y mejor construído de Francia. Su puerto está colocado entre dos grandes montañas que parece haber puesto la naturaleza para protegerlo de los huracanes; allí desemboca el río por donde las grandes barcas llegan al muelle. Dicen que los marineros de San Juan son muy diestros para la pesca de la ballena y la del bacalao. En la posada nos dieron buena y abundante comida, pero las camas no eran tanto de agradecer como la mesa, pues careciendo de colchones, sólo estaban formadas por un montón de plumas. Cuando traté de pagar supuse me harían larga cuenta, pero no me cobraron por todo más que diez francos. En París me hubiera costado cincuenta. La situación de San Juan de Luz es muy agradable. Una iglesia de moderna construcción abre sus ventanales y sus puertas sobre una plaza muy grande. Un puente de madera extraordinariamente largo atraviesa el río y en su entrada los pontoneros cobran las gabelas impuestas al tránsito de mercancías y bagajes, no pequeñas cuando corresponde á extrañeros pagarlas, pues quien las fija lo hace á su antojo y amplia voluntad.

Para viajar por este país hay que hacer gran provisión de paciencia y de dinero.

Vi el castillo de Artois, que juzgué poderosa fortaleza, y algo más adelante Orognes, donde no se habla más que vizcaíno sin servirse para nada de la lengua francesa ni de la española. Pensaba yo hacer noche en Irún, á tres leguas cortas de San Juan de Luz, de donde habíamos salido á mediodía; pero la disputa con los pontoneros, las dificultades que se nos presentaron al atravesar las montañas de *Beobia* y el mal tiempo, unido á otros pequeños inconvenientes que sobrevinieron, fueron causa de que ya entrada la noche solamente llegáramos á las orillas del Bidasoa, que separa Francia de España. Cruzámonos por el camino, desde Bayona, con multitud de carretas que transportaban toda clase de objetos, movidas por dos ruedas de hierro que producen al girar un ruido tan grande que se las oye desde muy lejos. Van siempre muchas agrupadas y en ocasiones encuéntranse sesenta ó setenta juntas, y son arrastradas por bueyes.

He visto vehículos parecidos en los arenales de Burdeos, y particularmente por la parte de Dax.

El cauce del Bidasoa es muy estrecho de ordinario, pero las nieves lo habían engrosado hasta un extremo tal, cuando nos decidimos á cruzarlo, que difícilmente alcanzamos la otra orilla, unos en barcas y otros montados en los mulos, á nado. La luna llena y clara me permitió ver á mano derecha la isla de la Conferencia, donde tuvo efecto el matrimonio de nuestro Rey con María Teresa, Infanta de España. Poco despues vi la fortificación de Fuenterrabía, que pertenece al Rey de España.

Los franceses y los españoles comparten los derechos de la barca, cobrando unos y otros el impuesto á los viajeros cuando éstos entran en su territorio.

La guerra no estorba ni cohibe al comercio en las fronteras, porque sólo del comercio viven allí las gentes. Este país, llamado Vizcaya, está lleno de altas montañas en donde abundan las minas de hierro. Los vizcainos trepan sobre las rocas tan ágil y prontamente como los ciervos. Su idioma (si puede llamarse así tal jerga) es pobre hasta el punto de significar una palabra multitud de cosas distintas.

Un negociante de San Sebastián á quien yo iba recomendada, salió á recibirme acompañado de dos individuos de su familia.

Iban vestidos como en Francia es uso, pero de una manera ridícula, llevando unas casacas anchas y cortas con mangas terminadas en el codo y abiertas por delante: las de la camisa muy amplias, cayendo más abajo que la casaca; lucían valona, pero no ajustada, y con cada una de sus pelucas, tan rizosas como espesas, hubiérase podido construir cuatro bien completas. Nunca he visto gentes más desaliñadas. Los que no usando peluca peinan sus lacios y largos cabellos, lo hacen separándolos en dos mitades á un lado de la cabeza y pasando parte de ellos detrás de las orejas; pero ¡qué orejas! No creo que las del rey Midas fueran mayores, y estoy persuadida de que para alargárselas, se las estiran á los chiquillos, encontrando en esta deformidad alguna belleza.

Los tres españoles me hicieron, en mal francés, grandes

y fastidiosos cumplimientos. Atravesamos el caserío de *Tran* situado no lejos del río, y llegamos pronto á Irún. En esta pequeña ciudad española, de construcciones vulgares y calles defectuosas, nada notable hallé digno de ser recordado. Entramos en la posada por el corral, de donde arranca la escalera que conduce á las habitaciones, y al llegar á la mía la encontré iluminada por gran cantidad de velas tan delgadas como pajuelas, sujetas en unos pedacitos de madera; en el centro había un brasero lleno de huesos de aceituna carbonizados y encendidos para evitar las jaquecas que ocasiona el carbón de leña.

Sirviéronme una gran cena que los galantes españoles habían mandado preparar para mí; pero todo estaba con tanto ajo, azafrán y otras especias, que nada pude comer. Acostárame aquella noche con hambre si mi cocinero no me hubiera guisado alguna cosa que halló á mano.

Al otro día, como no pensaba yo detenerme hasta San Sebastián (que dista siete leguas de Irún), creí necesario comer antes de marchar. Estábamos todavía sentados á la mesa cuando una de mis criadas me llevó el reloj para que lo pusiera en hora; era un reloj inglés, de Tampion, que daba las horas y me costaba cincuenta luises. El comerciante, acercándose á mí, manifestó deseos de examinar la joya; yo se la ofrecí con la natural cortesía que se usa tratando de tales cosas; pero esto fué bastante: mi hombre se levantó, y haciéndome una profunda reverencia, dijo «que no merecía un presente tan considerable, pero que una dama como yo no puede hacerlo menor, añadiendo que juraba por su honra guardar aquel recuerdo toda su vida.» Miró la joya y guardóse la en un bolsillo. Yo quedé tan sorprendida que sólo cuando el reloj había desaparecido pude pensar lo que debí hacer. Mis criadas me miraron con asombro y yo las miré también avergonzada por mi tontería, que hubiera remediado, porque, gracias á Dios, conozco perfectamente de qué modo se niega lo que no quiere darse, si no pensara pronto que debiendo entregarme aquel hombre una regular cantidad de dinero para proseguir mi viaje, pues yo llevaba cartas de crédito contra él, si conmigo se disgustaba, entretenerme

algunos días y hacerme gastar cuatro veces el valor del reloj deteniendo mi viaje.

He sabido más tarde que es costumbre en España, cuando se muestra cualquier objeto y se ofrece por cortesía, aceptarlo si place y quedarse con él. ¡Vaya una moda! Pero como ya estoy avisada, torpe seré si vuelven á sorprenderme.

Salí de la posada, donde me acabaron de arruinar; siendo este país miserable, todos quieren aquí hacerse ricos á costa del prójimo. Á poca distancia de la ciudad, entramos en las montañas de los Pirineos, tan altas y encrespadas que desde su cumbre sólo se descumbren, con horror, precipicios y cortaduras. Fuimos hasta Rentería. D. Antonio (así se llamaba el comerciante) habíase adelantado y me aguardaba para ofrecerme una barca y aconsejarme que dejase por entonces las literas; el viaje por el río evitaba las molestias que nos ofrecían las montañas, pues no eran pocas las que debíamos ganar aun después de las muchas que hasta entonces atravesamos.

Seguimos la corriente del Hendaya y pudimos ver ya cerca de su desagüe los galeones del Rey de España, que surcaban el mar á corta distancia de la costa.

Nuestras embarcaciones, pequeñas y limpias, estaban adornadas con banderolas de colores, y eran conducidas por muchachas de incomparable habilidad y gentileza. Cada barca está servida por tres mujeres, dos aplicadas al remo y la otra sosteniendo el timón.

Estas mozas son altas, de cintura delgada y color moreno, sus dientes son blanquísimos y admirables, su cabello negro y lustroso como el azabache, trenzado y rematado con lazos de cinta, cayendo abandonado por la espalda. Llevan sobre su cabeza una gasa fina bordada en oro y seda, que rodea su cuello, cubriendo la garganta; usan pendientes de perlas y collares de coral; una especie de jubones con mangas muy estrechas como los de nuestras bohemias; su aspecto agrada y seduce. Dícese de esas *marineras* que nadan como peces y que no admiten en su particularísima sociedad á otras mujeres ni á ningún hombre; constituyen una especie

de pequeña república independiente, adonde acuden siendo muy jóvenes las afiliadas, cuando no las acompañan sus mismo padres destinándolas á tal oficio desde niñas.

Cuando quieren casarse asisten á la misa de Fuenterrabía, la población más próxima del lugar que ellas habitan, y allí los muchachos van á buscar hembra de su gusto; el que desea lazos de Himeneo, acude á casa de los padres de su amada para declarar su sentimiento y su voluntad; si la elegida se contenta con el enamorado, vuelve al hogar paterno, donde la boda se celebra.

Nunca he visto satisfacción tan placentera como la que rebosa en los semblantes de aquellas muchachas. Viviendo en pequeñas casas construídas á la orilla del río, trabajan para ganar su salario y obedecen á las viejas que las cuidan y asisten; ellas mismas nos contaban estas particularidades, cuando el diablo, que no duerme, vino á disgustarnos entablado una pendencia.

Sucedió que mi cocinero, gascón de muy buen humor, se había colocado en una de las barcas, muy cerca de una joven vizcaina que le pareció hermosa; no contento con decirselo, se atrevió á tocarla, y ella, poco aficionada por lo visto á bromas, le abrió la cabeza con un remo. Al considerar su acción, en exceso violenta, la marinera temió y arrojóse al agua, nadando al principio con mucha ligereza; pero como no se había quitado la ropa y la orilla estaba lejos, el cansancio la fué venciendo y el denuedo comenzó á faltarle.

Otras muchachas que desde la playa nos miraban lanzáronse á socorrerla, mientras las dos que habían quedado con mi cocinero, creyendo cierta la muerte de su compañera, se arrojaron hacia él como dos furias, y querían resueltamente ahogarle; su barca zozobraba con los movimientos y esfuerzos de los luchadores; yo contemplaba desde la mía el improvisado combate, y mis criados hacían esfuerzos para separar á las marineras de su víctima y apaciguarlas.

El indiscreto gascón fué tan cruelmente maltratado, que tenía la cara llena de sangre; y mi comerciante me dijo que cuando esas jóvenes vizcainas se irritan, son más de temer que las leonas fieras.



Al fin desembarcamos y vimos á la joven, salvada bien oportunamente, cuando ya sin fuerzas iba tragando agua, saliéndonos al encuentro con más de cincuenta compañeras, cada una de las cuales llevaba un remo al hombro; formaban todas ellas dos largas filas guiadas por tres mozas del bando, que tocaban la pandereta; acercóse á mí la capitana, y llamándome muchas veces *Andria*, que quiere decir señora (es todo lo que recuerdo de su arenga), me hicieron comprender que la piel de mi cocinero indemnizaría los vestidos de su compañera si éstos no eran pagados por los desperfectos que habían sufrido. Al terminar estas palabras, las que llevaban las panderetas comenzaron á tocar más fuerte y todas á gritar, jugando con los remos, bailando y saltando con no escasa gallardía y viveza.

Don Antonio, para indemnizarme del regalo que me había escamoteado (hablo con frecuencia del suceso, y no me resigno todavía), quiso apaciguarlo todo; parecióle que mi cocinero, de sobra zurrado, encontraría en la venganza de aquellas mujeres razones para negarse á satisfacer sus exigencias y por cuenta propia distribuyó algunos ducados entre la gentecilla marítima. Al ver las monedas las muchachas gritaron más alto y más sostenido que lo habían hecho hasta entonces, y deseándome un feliz viaje y un pronto regreso, todas cantaban y bailaban al son de las panderetas. Entramos en un camino tan difícil y subimos largo tiempo senderos tan estrechos á cuyos bordes abríanse precipicios, que yo no dejaba de temer un paso falso de las mulas conductoras de mi litera. Cruzamos luego campos arenosos y nos detuvimos en el convento de San Francisco, situado cerca del río Hendaya; atravesamos el río sobre un puente de madera sumamente largo, y, á pesar de hallarnos ya muy cerca de San Sebastián, no distinguíamos aún los edificios de la población porque un cerrillo de arena bastante alto se interponía. La ciudad está situada en la falda de una montaña que sirve de dique al mar, y forma un recodo adonde van los barcos á recogerse cuando los temporales los acosan, porque sufre aquella región tempestades tan extraordinarias y huracanes tan terribles, que los navíos, con el áncora echada, naufr-

gan muchas veces en el puerto. Éste, profundo y cerrado por dos muelles, apenas deja lugar para que pase un navío. Estando agradable y claro el día, parecióme bien la ciudad, abrazada por una doble muralla guarnecida con cañones por la parte de mar. Las calles de la ciudad son largas y anchas, están adoquinadas con un piedra fuerte, blanca, bien unida y siempre limpia; las casas son bonitas y las iglesias están bien arregladas, con altares de madera cubiertos desde la bóveda hasta el pedestal de cuadros pequeños como la palma de la mano. Las minas de hierro y acero, encuéntranse sin dificultad en todo este país, y en algunas se ofrece tan puro el metal, que semejante no se hallaría en toda Europa; estos productos sostienen el tráfico en grandes proporciones. También se suelen embarcar aquí lanas de Castilla la Vieja, que ocasionan otro gran comercio. Bilbaoy San Sebastián son los dos puertos más considerables que el Rey de España tiene abiertos en el Océano. El castillo es muy alto, pero está mal defendido, pues, aun poseyendo como posee buenos cañones acomodados á sus murallas, su guarnición es tan exigua, que podrían conquistarlo las mujeres armadas con sus ruecas.

La plaza es tan cara como la de París. He comido bien; el pescado es muy bueno y me han dicho que las frutas, además de muy bellas, son de gusto exquisito.

Apeéme en la mejor hospedería, y á poco de haber llegado yo, D. Fernando de Toledo envióme á pedir nuevas, deseando saber si podría ir á verme sin molestarme. Mi comerciante, que conocía bien á D. Fernando, me dijo que era éste un aristócrata español, sobrino del Duque de Alba y que venía de Flandes en dirección de Madrid.

Recibíle con la cortesía que su nacimiento y buenas prendas reclamaban, prodigándole atenciones, nunca excesivas para sus muchos méritos. D. Fernando es un gallardo y arrogante caballero, ingenioso en la conversación y delicado en el trato, complaciente y agradable por naturaleza; habla el francés muy bien, pero como conozco el español y quisiera conocerlo más, hablamos generalmente en su idioma.

Me dijo que venía por la posta desde Bruselas, y que si no

me parecía mal podíamos terminar juntos el viaje. Yo tomé á broma sus palabras, y le contesté también en broma; pero él añadió que los caminos estaban tan obstruidos por la nieve que le sería imposible seguir por la posta, que, ciertamente, podría mejor á caballo que metido en una litera ganar tiempo haciendo largas jornadas; pero que por el gusto de acompañarme, etc. Al fin me dejé convencer, pensando que mi nuevo amigo era honrado y no desmentiría la galante tradición de los caballeros españoles; además, podía serme útil un hombre de tal calidad, que se hacía respetar y obedecer por los arrieros, que tienen generalmente la cabeza de hierro y el alma de lodo.

Díjele á D. Fernando que me sentía muy satisfecha de hallarle, y que las fatigas del camino serían para mí muy tolerables en tan grata compañía. Él encargó á su criado que buscara una litera. Era ya tarde; se despidió de mí, que, después de cenar bastante bien, me acosté; porque yo no soy como las heroínas de novela que no comen ni duermen.

Las damas de la ciudad que me visitaron quieren detenerme algunos días: propóñenme una expedición al monasterio de religiosas edificado en lo más alto de la costa; dícenme que la vista desde allí no encuentra límites, descubriendo en un vasto panorama el mar, los buques, las ciudades, los bosques y los campos; alaban mucho la voz, la hermosura y el atractivo de las monjas. Añadiendo á todo esto el temporal que no cesa y la nieve que en abundancia cae, nadie me aconseja que me ponga en camino.

He dudado un poco, pero la impaciencia de llegar á Madrid pesa más que todas las reflexiones: marcharemos mañana; ya he recibido del comerciante la cantidad que necesitaba. No quiero dejar olvidado un detalle curioso. Los habitantes de esta ciudad gozan de un privilegio excepcional, y que los enorgullece mucho: cuando tienen que tratar con el Rey algún asunto, el Rey ha de contestarles con la cabeza descubierta; no he podido averiguar la causa de esta distinción.

Me han advertido la necesidad de hacer grandes provisiones para no morirnos de hambre por el camino que vamos á

seguir. Como los jamones y las lenguas de cerdo tienen fama en este país, he mandado comprar bastantes; no des-cuidamos nada.

Saliendo de San Sebastián, entramos en un camino muy escabroso que conduce á unas montañas altas y escarpadas, imposibles de ganar si no es trepando; llámase la sierra de San Adrián; ofrecen sólo rocas y despeñaderos, entre los cuales un amante desesperado podría matarse aunque poco resuelto á morir estuviera. Pinos de altura extraordinaria coronan la cima; en todo el espacio que abarca la vista sólo se ven desiertos cruzados por arroyos, más claros que si fuesen de cristal. En lo alto del monte se tropieza con un peñasco muy grande, que parece haber sido puesto enmedio del camino para cerrar el paso separando á Vizcaya de Castilla.

Largo y penoso trabajo habrá sido necesario para horadar en forma de bóveda la inmensa mole de piedra; ándanse, atravesándola, cuarenta ó cincuenta pasos, sin recibir claridad más que por las aberturas de salida, que se cierran con dos grandes puertas. Á lo largo de esta mina encuéntranse un mesón, que las nieves y los fríos obligan, en invierno, á dejar abandonado, una capilla donde se venera á San Adrián, y muchas cuevas, ordinario albergue de foragidos, que hacen peligroso el tránsito á quien no viaja con medios bastantes para defenderse. Cuando hubimos atravesado la roca, todavía se nos ofreció una empinada cresta que conduce á la cumbre del monte, cubierto de grandes hayas. Nunca he gozado de tan hermoso retiro; los arroyos corren como en las cañadas; la vista, sin vallas que se le opongan, sólo es limitada por la debilidad de los ojos; la sombra y el silencio reinan, y los ecos resuenan en todas partes. Pronto empezamos á bajar tanto como habíamos subido; de cuando en cuando vense pequeñas planicies poco fértiles, abundante arena y montañas cubiertas de rocas. No sin razón, con frecuencia se teme que se desprenda una de aquellas rocas y aplaste á la caravana, viendo muchas que se conoce han caído, deteniéndose al tropezar con otras más firmes en la pendiente; yo reflexionaba no poco acerca de tales peligros, porque, hallándome sola en mi litera con mi niña, cuya